

sospechoso silencio, no dudó ya el fatalista enamorado que algo grave ocurría.

—Todo lo que he visto y oído,—le dice ahora al *tata Cura*,—son señales de mal agüero.....

Sin embargo, consolado por las explicaciones del anciano, espera, espera..... pensando en su Beda idolatrada.

Entretanto, ésta, más grave, ya no puede proseguir el curso de sus grates recuerdos. Algo, como el ofuscamiento de la locura, se interpone entre su pasado y el presente.

Con miradas aleladas contempla la silueta de la enfermera cuya mano, semejante á una garra engarabitada de bruja le impone silencio y se agranda, se agranda hasta aparecer enorme, monstruosa, imantada como la garra terrible de la Muerte..... Ella quiere gritar y no puede; su esófago arde como si la estrangulasen con un anillo de hierro candente; su cabeza parece de plomo; cierra sus ojos para borrar aquella visión macabra, y sin embargo, la sigue mirando aún. . . . Y la huesosa garra la llama, la fascina, la atrae, la hipnotiza..... Y ella, Beda, no quiere irse, no quiere, no quiere morir todavía.....

Luego todo desaparece, todo calla; no escucha ya el sordo ruido de las pisadas, ni los cantos, ni las notas del piano, ni el estridir de la campanilla: solamente el lúgubre tañido del bronce que en el campanario vecino lanza pausado é imponente el toque de ánimas, y aquel insoponible martilleo que en su cerebro desordenado suena:

—Toc..... toc..... toc.....

Martilleo parecido al remachar de un sepulturero siniestro é implacable.

Y próxima á perder la conciencia de sí misma, con la sed terrible que siente, se le figura que al vibrar la última campanada, una ola penetra por la ventana de la enfermería, y á esa ola sigue otra y otra, hasta invadirla: los clehos flotan sobre una agua negruzca y corrosiva; su cama

gira en el centro de una vorágine espantosa; aspira un insoponible hedor de corrompida carne; se mira el cuerpo y todo está cubierta de asquerosas pústulas; su rostro antes tan hermoso, aquel rostro adorado por Marcos quien lo compara al de la Virgen de la Concepción, es salpicado por el invasor oleaje y refléjase en las aguas, desfigurado, horripilante, corrompido, destilando la podredumbre de su carne joven que otroza se podía comer como el más sabroso albaricoque; sus manos abotagadas, amarradas, sembradas de llagas circulares en cuyo centro existen núcleos negros por donde brota un líquido amarillento y repugnante, parecen las de un leproso, no aquellas mórbidas y hoyueladas que acariciaban tiernamente las ásperas mejillas del afortunado campanero. Sin salir de su anormal estado, se halla de pronto transportada á su valle natal. Ahí está el pueblecito con sus casas pintadas de blanco, sus techos de paja sobre los cuales pían y saltan jovialmente bandadas de tordos y gorriones atisbando el rico grano que es aventado por los peones allá abajo en los graneros, la iglesia que se yergue entre el follaje de los capulines y de los álamos de oro, las ruinosas tapias del piadoso cementerio, los exhuberantes durzaos del *tata Cura*, la paterna finca con su aspecto colonial, manchada, invadida por las ortigas y madre selvas, desconchada, respetable, como una extranjera entre las indígenas que la rodean, circundada por su valla de rígidos *órganos*, verdes carrizales y membrillos enmarañados; con su portal sembrado por las parras en fruto, sus aleros y canales grises, verdosos á trechos, bajo los cuales aparecen los nidos de las golondrinas como reventadas pupilas de monstruosos ogros, y allá detrás las copas de los granados de un verde vivísimo, la troje, los corrales, el abrevadero, el huerto que tra-ciende á peleo, á mejorana, á tomillo, á *yerbabuena*.... Luego la alameda de mezquites que va descendiendo in-



sensiblemente hacia el río, el poético vado de aguas diáfanas y tersas como un espejo veneciano, la carretera que conduce al rancho cercano, ancha, polvosa; todo el lugarejo en fin con sus matizadas colinas, sus llanuras de maizales, *girasoles* y *lampotes*; y su gárrulo ejército de pajarros que le cruzan alegremente en todas direcciones..... Pero á poco todo aquel hermoso panorama va adquiriendo un tinte verdoso y fatídico: diríase que el valle entero es submarino; seres y cosas toman proporciones fantásticas, irradian como fosforescencias, permanecen inmóviles, muertas, y de aquel rincón antes tan bien animado surgen ahora esqueletos cubiertos de algas y fucos que la miran con sus órbitas negras y vacías..... Ningún ruido turba aquella fantástica soledad, solamente el del eterno martilleo que en su desordenado cerebro suena pavorosamente:

—Toc..... toc..... toc.....

Hay mucha agua, mucha! Quiere beber, beber hasta reventar para calmar aquel fuego que chisporrotea en sus entrañas, pero el líquido es de un sabor acre, repulsivo. Y los espectros se ríen de sus ansias: inclinados, con cráneos rebosantes de sano líquido, se los ofrecen sarcásticamente invitándola á beber. Entonces ella se arrastra, tiende los labios ardorosos y secos por los que sale un silbido angustioso, mas el líquido se transforma en gusanos asquerosos, fríos, que se retuercen como los gusanos de las tumbas. Y el agua sube y sube..... La tierra debe estar alta, muy arriba, á miles de leguas..... ¿Cómo no se ahogan la enfermera y ella?.....

Después está sana y salva dentro de una habitación luminosa, blanquísima, que ofende la vista con su brillo. Hace un frío horroroso, insoportable. Ella está congelada, rígida, sin poder moverse y sin embargo el ruido persiste.

—Toc..... toc..... toc.....

Pero ahora es más suave, más lento. ¿Si ya estará muerta? Aquel pensamiento le causa un horror invencible; hace un sobrehumano esfuerzo para gritar, para moverse, para mover aquella cárcel de hielo..... y es inútil! De pronto.... ¡Ah! qué alegría! Marcos está ahí fuera. Ella le ve perfectamente. Blande un zapapico..... ¡Marcos adorado! Sí, él es, él que trabaja por salvarla. Luego llega su madre, su padre, su abuelita, el *tata* Cura, la maestra; todos se afanan por libertarla; arriman teas ardientes á los helados muros.... ¡benditos, benditos sean!..... ¡Más, más! ¡Qué agradable calor! El hielo comienza á fundirse; ya sube el agua de nuevo, ya sube..... Pero qué ha sucedido? Huyeron todos. Únicamente sigue allí la fatal enfermera. Y sus brazos nervudos y flacos se alargan como los glutinosos de un pulpo..... Y ella, Beda, ahora sí siente que se ahoga; las linfas van ascendiendo pulgada por pulgada á medida que los muros se adelgazan; el aire es de cada vez menos respirable. Ella mira cómo van adelgazándose las congeladas paredes poquito á poco, sin precipitación; y el agua sube, sube con calma y lentitud aterradoras..... Su lecho flota ya cerca del techo á través del cual se presiente un vacío negro é insondable. Ella quiere luchar contra el terrible elemento, hace otro inaudito esfuerzo y logra por fin levantar su exangüe brazo, pero la vieja enfermera que está ahí vigilándola desde un rincón la coge con uno de los cienientos suyos sembrados de ventosas; levanta el otro y siéntese aprisionada de nuevo; irgue el quebrantado cuerpo y nueva correa fría se adhiere á su gentil cintura; agita sus torneadas piernas, mas queda aprisionada, maniatada por aquellos asesinos tentáculos que la estrujan, que la asfixian y que la succionan su sangre envenenada. Y el agua sube, sube..... Pero el techo delgadísimo, próximo á romperse, estallará y ella tendrá aire,



aire! Un segundo más y se salvará, nada más que un segundo.....

Leve, muy leve, prosigue el martilleo, lejano como si viniera del infinito:

—Toc..... toc..... toc.....

¿Qué? ¿Se le va á paralizar el cerebro? ¿Dios mío!..... Pero la bruja le impone silencio con su mano engarabitada que se agranda, se agranda hasta aparecer enorme, monstruosa, imantada como la garra terrible de la Muerte..... Y ésta la llama, la fascina, la atrae, la hipnotiza... Y ella, Beda, no quiere irse, no quiere, no quiere morir todavía.....



¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Está en el cielo? ¿Ha muerto?.....

Beda entreabre trabajosamente sus párpados. No, no ha muerto aún. Sigue el ruido siniestro sin embargo.

—Toc..... toc..... toc.....

¿Había soñado? No. El repugnante olor persiste, envenena todo el salón. Alguien llora á su lado. Más allá la enfermera solloza y reza. Todo está en orden; indudablemente que ha tenido una horrible pesadilla. Un joven rubio, chato, miope, colorado, vestido de negro la pulsa gravemente. Debe ser el médico del colegio. Como á través de una niebla ella mira sus lentes ahumados, sus pupilas tristes y el pañuelo fenicado que cubre su nariz. El mueve la cabeza con aire abatido y Beda comprende el significado de aquel movimiento: está deshauciada. Va á morir. ¿Pero si tan grave se halla por qué no habrían avisado á su familia, sobre todo á su querida madre?

—¡Hija, hija de mi alma!.....—murmura una voz desfallecida.

—¡Ah!....

Luego aquella pobre anciana que llora á la cabecera de su lecho es su madre. ¡Qué extraño le parece su rostrol ¿Verdaderamente será su madre? Vamos á ver. Probemos.

Beda hace un esfuerzo para incorporarse y.... es en vano: ya no tiene fuerzas. ¡Qué triste es ésto! Sin embargo, ella quisiera darle un beso á su pobre madre, uno sólo, el último quizá..... pero no puede; más vale morir de una vez para no sufrir aquel nuevo martirio. Ahora quiere morir. ¡Se siente tan á su gusto!....

Allá se oye la voz dulce del órgano que canta místicas plegarias, y entretanto, ella, arrullada, sonriente, tranquila, entorna sus párpados, lanza un suspiro y se la oye balbutir levemente, como en sueños:

—Marcos... mi Marcos....



Son las ocho de la mañana. Suena alegremente la campanilla, y la bulliciosa turba de educandas penetra ruidosamente al salón de estudios en cuyas ventanas bañadas de sol gorjean los gorriones con júbilo inusitado. Únicamente Estela gime en silencio:

—¿Qué tienes?—la pregunta su compañera Leonor.

—Mi prima ha muerto de viruela negra.

—¿De viruelas?....

—¡Sí!—contesta la morena en alta voz rompiendo á llorar amargamente. Ha muerto Beda!

Sus compañeras todas la han oído; se oye un “¡Aaah!”



de estupor por todo el salón; la maestra limpiándose una lágrima agita la campanilla, y una chicuela impasible, con el espíritu de imitación propio de su edad, delecta gongosamente con voz chillona:

—La B y la e, be; la d y la a, da: Beda.

## La Noche Buena de Bebé

....“Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,  
Del corazón brotó más dolorida?  
¿La del que el mal primero halló en la vida,  
O la de aquel que un bien halló en la muerte....?”

(Campoamor.—“Doloras XXIX.”)